

DOCE PUERTAS, DOCE, EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA SERRANA

Manuel Moya

Confieso que hace quince o veinte años mi definición de lo contemporáneo hubiera sido muy distinta de lo que es hoy. Es más, confieso que hace veinte años tenía una noción precisa de lo contemporáneo y hoy no sé si la tengo. ¿No será que con el tiempo me he vuelto viejo, cauto y escéptico? Lo diré sin ambages: no sé qué razón hace que un objeto artístico, una composición musical, una coreografía, un montaje teatral, una película, una disquisición filosófica, un edificio o un poema realizado hace dos meses, sea contemporáneo o no lo sea. Creo distinguir si lo que escucho, veo u observo, tiene o no calidad, si es un trabajo tamizado por la inteligencia o resulta ser la mera ocurrencia de un dominguero. Creo que ya no me engaño con la genialoide boutade de alguien que se cree genial, ni con una obra hecha para salir del paso. En definitiva, creo discernir lo que es arte, de lo que es artesanía, lo que es oficio y repetición de lo que es sensibilidad, lo que es postura de lo que es impostura, lo que es desafío de lo que es continuidad, lo que es chiste o soneto de lo que es literatura, lo que es tradición de lo que es salto gratuito en el vacío, lo que es solidez y solvencia de lo que es gracejo y fuegos artificiales. Mucho lo siento, pero mi ya larga trayectoria como artista y escritor no me ha servido para precisar mucho más. ¿Es igual de bueno el soberbio Teatro de Aracena que el desconsolador consultorio médico de El Castaño? Mientras el uno me merece la calificación de obra de arte, el otro, con perdón, no deja de resultarme una pequeña catástrofe. ¿Tiene el mismo valor artístico el tan denostado nuevo hotel de Aracena que los amanerados adosados que últimamente pueblan nuestra comarca? Desde luego que no.

Pero aquí no estamos hablando de valor artístico sino de contemporaneidad, aunque, como he dicho, con el concepto de la contemporaneidad no me acabo de entender del todo y he de proceder con tanta cautela para formalizarlo como el ciego que bajara en mitad del aguaje por la cuesta de la calle Talero. Yo tiendo a identificar lo contemporáneo con lo actual, y lo actual con la moda, es decir, con el conjunto de normas estéticas o éticas que rigen durante un determinado período. Mi problema es que esta definición se detiene sólo en la asociación de lo contemporáneo con la moda, o, por decirlo de otra manera, con el imperio de la novedad, pero me temo que tal asociación entre lo contemporáneo y la novedad es ya una asociación vieja, que al menos data de las vanguardias de principios de siglo XX y ya ha llovido mucho desde entonces. Me gustaría, pues, asociar lo contemporáneo con algo más sólido, porque entiendo lo contemporáneo como un concepto más sociológico o ideológico que temporal. Dicho en plata, sigo considerando mucho más contemporáneo a Cervantes que a estrictos contemporáneos míos. Aquí no hablo, naturalmente, de calidad artística. Tampoco hablo de lenguaje. Hablo de lo contemporáneo como actual, como capaz de darme respuestas actuales. Y hablo entonces de estrategias narrativas, de concepciones simbólicas del mundo. En *El Quijote* existen mecanismos meramente artísticos y simbólicos que pasan por ser mucho más contemporáneos que los que se utilizan en buena parte de la narrativa actual, adocenada y sujeta al imperio de una industria editorial que, como toda industria, está sujeta a unos imperativos empresariales que se radican en la cuenta de resultados. El escritor Rafael Chirbes afirmaba hace muy poco: “la novela está siempre muerta, pero resucita con cada buena novela”. Lo contemporáneo, sería entonces la resurrección que nos propone cada nuevo texto y cada nueva obra de arte capaz de conmovernos. Los debates literarios sobre la poesía o la narrativa modernas, surgen cada poco tiempo. Suelen ser debates encendidos, pero a la vez autistas, las más de las veces estériles, y sólo sirven para marcar ciertos jalones temporales. Por fortuna ese no es aquí nuestro problema.

Me gustaría entender no ya el arte sino la literatura contemporánea como aquella que es capaz de dialogar con la coyuntura temporal e ideológica que nos ha tocado vivir. La que hurga en la herida del aquí y del ahora,

alumbrando en lo posible el porvenir. La que se plantea el futuro como un horizonte posible y el pasado como el horizonte que nos debe ayudar a descifrar el futuro. La que tiene la capacidad, la sensibilidad o siquiera la voluntad de involucrarnos social, ideológica o existencialmente como hombres de este tiempo, sometidos a los conflictos de nuestro tiempo. Yo entiendo por arte moderno el que acota, expresa, ordena, o simplemente registra los conflictos del mundo y del hombre que habitamos o, por decirlo de manera más clara, el que está hecho por los hombres y las mujeres de hoy, teniendo como referencia los problemas, incertidumbres, disyuntivas o imaginarios éticos y formales del hombre y la sociedad de hoy. Me temo, en todo caso, que yo me he quedado muy anticuado para hablar de cosas tan atractivas, abstractas y acaso tan modernas como estoy seguro, habrá de ser la modernidad.

Atendiendo a lo anterior, voy a abordar la contemporaneidad en la escritura serrana desde planteamientos fragmentarios y no sé si coherentes. Me voy a centrar en una decena larga de escritores que a mi modo de ver afrontan la escritura desde conflictos y soluciones formales apegados a esto que hemos acordado en definir la contemporaneidad. Soy consciente que dejo atrás a otra veintena de narradores o poetas cuyo interés acaso no sea menor que el de los citados, pero prefiero hacerlo así a entrar en un constante farrago o centón que no aporte nada a quienes tan amablemente se han sentado frente a nosotros, dispuestos a sacar alguna conclusión de nuestras exposiciones. También me sabe muy mal no hablar de figuras ya fallecidas como Nogales, Lunar, Arcensio, Pizarro, Pérez Infante, García-Guill o Daniel Florido, pues cada uno a su modo fueron escritores apegados al tiempo que les tocó vivir y fraguaron sus obras en su contemporaneidad. He decidido comenzar mi repaso a partir del año de gracia de 1975, justo a la muerte formal de la dictadura.

Más que de autores, me gustaría empezar hablando de Huebra, la asociación de escritores serranos, distinguida ya en estas mismas jornadas, y que a fecha de hoy su insólita labor y que así es considerada dentro del panorama asociativo y literario español. Desde su nacimiento, allá por el año 2000 hasta la fecha ha publicado más de 50 obras de escritores serranos

o escritos relacionados con nuestra comarca. Sólo la biblioteca de la Huebra, recoge 35 obras de otros tantos escritores serranos, lo que la convierte en un proyecto editorial original dentro del panorama de las letras españolas. Desde el punto de vista patrimonial, Huebra, ha rescatado obras y autores desco-



Biblioteca de la Huebra, un proyecto ambicioso y cercano

nocidos, sin los cuales nuestro acervo patrimonial sería hoy más, mucho más pobre. Obras como la de Sor María de la Santísima Trinidad, Gabriel García Guill, Daniel Florido, Luis Fernando Pérez Infante o Miguel Pizarro, tan desconocidas incluso en los ámbitos culturales han sido puestas en valor con esta iniciativa y otras obras como *El último patriota*, de Nogales, ciertos poemas inéditos del último Fernando Labrador, la novelita *Mohammed*, de Fermín Requena o los testimonios de sabiduría popular y audiciones orales cobrados por Manuel Garrido Palacios, son hoy valiosos documentos que de otra manera se hubieran perdido. La Huebra también se ha ocupado de autores clásicos como Arias Montano, Nogales o Bergamín o menos clásicos

como Félix Lunar, Fermín Requena, Jesús Arcensio, José Andrés Vázquez, o con una obra en marcha como son los casos de Carlos Muñiz, Aquilino Duque, Francisco Carrasco, Juan de Mata, Juan Delgado, Rafael Vargas, Rodolfo Recio, Carlos Sánchez, Augusto Thassio, Juan Antonio González Flores, Manuel Moya, Elías Hacha, Rafael Moreno, Mario Rodríguez, Nieves Romero, sin olvidar a los autores que han visto su obra por vez primera publicada en la colección, caso de Felisa Zarza, Marisa Carbajo, Juan Antonio Muñiz, Ernesto Martín, Ignacio Garzón, Ángel Merino, Vicente Ortigoso ... Que tengamos noticias, nuestra comarca es la única de todo el territorio nacional que tiene catalogado y editado una sola colección de estas características, donde aparecen casi la totalidad de sus autores. La

colección, editada en papel, tuvo su correspondencia en una edición en CD, que excluía por razones ajenas a la voluntad de la asociación a Ángel Merino e incluía a Sor María de la Santísima Trinidad, previamente editada en otra colección, y a Daniel Florido que había quedado excluido de la colección en papel; con la edición digital se incluía un diccionario de autores e iniciativas literarias serranas elaborado por Uberto Stabile que se editó no sólo digitalmente sino también en un librito inseparable del CD. Cuando nació, este proyecto se veía como demasiado ambicioso, pero a día de hoy el proyecto es un hecho y debe servir como motivo de orgullo a todos los serranos. Pero la asociación Huebra no sólo ha puesto en marcha esta novedosa Biblioteca, sino que ha abierto otras colecciones, bautizadas todas ellas con vocablos serranos, como Rejilete, Alfajía, Atajarre, Cimbarón, Pirusa o Cómago, en los que han publicado autores ya mencionados como Rodolfo Recio, Rafael Vargas, Carlos Sánchez, Mario Rodríguez o Manuel Garrido Palacios, pero que también se ha abierto a otros: María Alcantarilla, Manuel Jiménez Friaza, Juan Canterla, Laureano Gómez, María Auxiliadora Domínguez, Juan Miguel Ramos Domínguez, Federico Martín o Manuel López Rodríguez Lolo. Los primeros dos números de la Colección Huebra se editaron en la imprenta Ontiveros de Béjar; desde el número 3 hasta el 23 en la imprenta de los hermanos Rodríguez Domínguez de Jabugo, y a partir del 24 hasta el 35 en la imprenta Rayego de Zafra, donde además se han editado el grueso de casi todas las demás colecciones. La dirección de la asociación ha pasado por Manuel Moya (2000-2001), Rafael Vargas (2001-2007) y Mario Rodríguez (2007-2010). El mayor impulso editorial lo obtuvo coincidiendo con la presidencia de Rafael Vargas. Si bien el apoyo de los ayuntamientos de la comarca y de instituciones como la Diputación Provincial han resultado decisivos, uno de los rasgos más determinantes ha sido el patrocinio de más de un centenar de suscriptores, que han permitido que todos los proyectos hayan salido con éxito.

Comienzo el repaso nominal, llamando la atención de uno de los fenómenos más importantes del mundo contemporáneo y que sin duda ha marcado el devenir de las expresiones artísticas actuales: me refiero a la progresiva presencia de la mujer en el contexto social y artístico. Ciñéndome al estricto margen de nuestra tarea, podría decirse que la presencia de

la mujer ha venido a revolucionar el panorama literario. Conviene afirmar que hasta el retorno democrático, el papel oficial atribuido a la mujer en los distintos campos de la sociedad española estaba relegado a los terrenos subalternos de la insularidad y de la marginación. Hasta el siglo XX la representación literaria española se ceñía, salvo contadas excepciones a monjas y hetairas. La mujer escribe desde el convento o desde el prostíbulo. Wallada o Santa Teresa. Muhya o Sor Juana de la Cruz. Con el siglo de las luces y, sobre todo, con el romanticismo, el panorama cambia y desde la ociosa burguesía más liberal se pide cada vez con mayor fuerza un papel distinto para la mujer. Durante los primeros lustros del siglo XX, la mujer va tomando posiciones mucho más sólidas, como es su escolarización, pero todavía su posición social es decididamente subalterna. Durante el periodo republicano se consigue la igualdad de voto y son muchas las mujeres que acceden a la universidad y la cultura. Rosa Chacel, Maruja Mayo, María Zambrano, Teresa León, Ernestina de Champourcin, o Concha Espina son rotundos ejemplos de lo que digo. La dictadura decapitó este fenómeno emergente y, como es sabido, la mujer española volvió a la reclusión social y a la minoría de edad social y jurídica. Claro que en Europa y América los logros del feminismo seguirán su inexorable curso. Es en los primeros años de la democracia cuando la mujer española, retornados los derechos, vuelve a ocupar los estadios sociales que le habían sido arrebatados. Los nuevos códigos educativos, éticos, culturales, sexuales, profesionales o jurídicos relanzan a la mujer, que lentamente va ocupando el lugar que le corresponde. La literatura no podía quedar indiferente a este imparable fenómeno. Es más, la literatura se ha constituido en uno de los adalides de la nueva sociedad. Desde 1975 son multitud las mujeres que se han impuesto en el panorama literario español. Con ellas ha llegado aire fresco y una nueva y más rica perspectiva a nuestras letras, una manera inédita de concebir el mundo, una nueva variable de identidad. Incluso la noción de lo sexual y sus imaginarios ha cambiado gracias a la aportación femenina. No es ocioso advertir que la mejor literatura que se escribe en la actualidad sea obra de las escritoras. Grosso modo, podríamos concluir afirmando que la llegada apoteósica de la mujer a la literatura nos ha ayudado a ensanchar el mundo. Pero no sólo se ha quedado en eso, sino que hoy la mujer es sociológicamente la mayor receptora de literatura.

En este primer capítulo, nos vamos a centrar en cuatro escritoras, Nieves Romero, Marisa Carbajo, Felisa Zarza y María Alcantarilla. Podríamos también citar a Kati Mora, a María Auxiliadora Domínguez, a Mariló Seco e incluso a Carmen Gil, cuyos magníficos trabajos en el campo de la literatura infantil excede esta intervención, pero que acaso debieran ser tratados en próximas jornadas.

Nuestra primera autora es **Nieves Romero**. Nacida en Galaroza en 1961, se incorpora al movimiento cultural onubense alrededor de 1980, en plena decadencia de los novísimos. Su poesía se empapa de los presupuestos formalistas de éstos, también llamados culturalistas. Con sólo tres libros publicados (*Poemas sin título* 1984, *Leyenda sin nombre* (1988), que



Nieves Romero, poeta de Galaroza en la estela de los novísimos

junto a *Catálogo y recuerdo de una exposición perdida*, fueron recogidos en *Poesía reunida, 1980-2005* (Ed. Huebra, Zafra, 2005)

Nieves es, a mi juicio, la más interesante de los poetas onubenses de los '80. Su obra, no trata de la identidad femenina, pero sí de un tiempo otro, primigenio, que a veces nos retrotrae a la cervantina edad de oro y otras veces a la infancia, donde los objetos e incluso las relaciones humanas aparecen alumbrados por una pátina de inocencia. La poesía de Nieves Romero parece arribar desde un reino intocado, donde habita la belleza, pero también el amor y la plenitud, si bien en algunos de sus últimos poemas se adivina ya el dolor. Es en esa tierra de luces sinuosas, de colores suaves, de paisajes sencillos y casi soñados, donde la Romero ha construido su propio mundo, donde aletea, sobrecogido, el pájaro furtivo del amor. Nieves abandonó la escritura creativa a mediados de los noventa, pero nos ha quedado de ella una voz sutil, hermosa, tornasolada, fluctuante entre el sueño, la infancia y la vigilia. Acabo su comentario con un espléndido poema suyo:

*La noche pensamiento
afilándose fue el alma,
y dejó de mi piel fosforescente
un esqueleto de polvo solitario.*

*No supe qué cerrojos retumbaron,
no supe qué pavesas deshacía,
pero vi que giré
cayendo hasta mi fondo.
En él permanezco abandonada.*

La segunda de nuestras escritoras contemporáneas es **Marisa Carbajo**, nacida en Arroyomolinos de León pero afincada en Aracena desde hace años, ha publicado hasta la fecha un solo pero intenso libro, titulado *955 versos*, (Ed. Huebra, Zafra, 2005). En ella ya encontramos una clara conciencia de lo femenino, que en sus poemas se incorpora como una manera nueva de sentir y de identificarse en la realidad. Sus versos, que tienden a un acaso exagerado y no sé hasta qué punto irónico clasicismo, hablan ya desde una posición abierta, deliberadamente femenina. El tema aparente de sus poemas es el amor y sus imaginarios, pero a ella lo que de verdad le interesa es solazarse en la dinamitación de los tópicos amorosos a través de la ironía y la paradoja, siguiendo de cerca el formalismo informal de Luis Alberto de Cuenca, cierta revisión del Manuel Machado de *El mal poema* y la nueva mitología de Ana Rosseti. Marisa habla sin recato del placer, de las tareas y asuntos cotidianos, de la muerte de sus deudos, de todas esas pequeñas cosas que constituyen su ser en el mundo, acercándose así a las poetas del 50, como Pilar Paz Pasamar o María Victoria Atencia, que hacen de la casa familiar una especie de refugio interior. Formalmente, Marisa Carbajo mantiene un tal vez excesivo apego a la dicción clásica, pero en lo conceptual se decanta por un muy evidente ejercicio de ruptura frente a los roles sociales impuestos por la tradición machista. Veámoslo en unos versos extraídos de su poema “Un ángel con corbata”:

*Hermoso en sus dos metros de estatura
sin extender las alas.
Conservo cosas tuyas: su despiste,
los cuadros que pintaba,
sus libros, sus canciones,
sus mismos apellidos, su mirada,
y su mejor retrato:
un ángel con corbata.*

Felisa Zarza (Aroche, 1964), es nuestra tercera poetisa y también tiene en su haber un solo libro editado, *Hojarasca* (Ed. Huebra, Zafra, 2006). En él se entrecruzan dos aspectos inherentes en su personalidad: por un lado, la indomable pasión vital, y por otro su profundísimo sentido de lo elemental humano, donde la ternura o el amor derivan de una concepción personal y vívida. Felisa no escribe propiamente sobre la identidad femenina, pero en ella esa identidad se da por descontada. Felisa se revuelve contra cualquier tipo de trabas y, es evidente, las trabas del machismo en una sociedad rural serán objeto de su voz cálida y directa. Felisa nos habla de sus cosas cercanas, de sus hijos, de su pasión amorosa, de su estar en el mundo, con la frescura, con la delicadeza y acaso con la arrogancia, de quien se sabe cuerpo y no sombra. Felisa es Naturaleza en estado puro. Cada poema suyo es concebido como una entrega, como un rejón clavado en esa tierra brava y milenaria de donde es originaria. Nada en los poemas vehementes, delicados y audaces de Felisa Zarza, que en cierto sentido nos recuerdan a su paisano Félix Lunar, es fruto del manierismo literario o de las modas más o menos espúreas. Felisa es una poeta insular y solar. Solar por encima de todo. Su literatura es ella, sin más, sin menos, transparente, bella, llena de contrastes, de hallazgos, de visiones transparentes y luminosas. Su latido emana directamente de la tierra, de su tierra, de su carne, de su vitalidad, de su mirada limpia y arrebatada y de todo eso deriva su fuerza. De entre los suyos escojo un fragmento de “Mujer de arena”, un poema que ejemplifica muy bien sus rasgos:

*¡Con qué amplitud te amo para sentirme libre!
 Mujer en tu rivera; de lluvia en tu cintura;
 ceñida hasta tus bordes. Tras tu espalda acechante.
 Te otorgo esta mi voz: mi voz fiera y desnuda.*

*Te confiero esta voz, a veces tan pequeña;
 y otras veces tan alta que hace nido en tus ojos!
 Te la otorgo preñada, por un instante pura;
 ¡Toda hembra en mis pechos! ¡A tu pecho la arrojó!*

Con **María Alcantarilla** (Santa Olalla del Cala, 1983), entramos en otra generación de escritoras. Junto a ella podríamos citar a Kati Mora, de Cortegana, una notable narradora centrada ahora en el periodismo televisivo. Como el resto de las poetisas jóvenes españolas, el estandarte de María Alcantarilla no parece ya radicado en la identidad femenina, sino en la lucha a brazo partido por la propia identidad. En ella lo femenino no aparece como factor importante en sí mismo, sino en la fuerza subversiva de sus versos, en su inquebrantable sinceridad, en ese ahondamiento de un yo en permanente búsqueda, en su fascinante explosividad, María nos recuerda a poetisas como a Alejandra Pizarnik o a Gioconda Belli. Aunque la Alcantarilla ha publicado un par de plaquettes (*Qui Scribit* y *Náufragos en tierra*, ambas en Huelva y 2007), sólo cuenta con un libro, *El motivo es la de Menos* (Ed. Huebra, Zafra 2008), que se basta para situada entre las poetisas más genuinas y prometedoras de su generación. María es todavía una joven escritora en expansión, pero su solidez, su oficio y, por qué no decirlo, su rebeldía, hacen de ella una voz a considerar, como espero comprueben en estos versos inéditos:

*Llegué hasta allí, hasta la entrada,
 Con las ganas del soldado que a las puertas de un imperio
 Ya no siente que es soldado;
 Sólo espera, sin escudo, esa última conquista,
 La victoria,
 La estrategia de un equipo frente al mando de uno solo.
 Llegué hasta allí, hasta la entrada,*

*Convencido de que aquello era tregua y no combate,
Deseoso de que arriba no lloviese como abajo,
Seducido por el credo de quien vuelve tan herido,
Engañado por la angustia de encontrar sangre de nuevo.*

A pesar de su corta edad y de su proyección, María es una poeta con un mundo propio que va creciendo en cada poema y en cada objeto artístico, porque María, interesada en las nuevas tecnologías, no sólo escribe poesía y prosa sino que, participa en distintas experiencias de la ciberplástica. De todas las mencionadas la suya es la propuesta más moderna y transgresora. Su poética está basada en la autenticidad, en el valor intrínseco de las pequeñas cosas, en la conciencia individual frente a lo colectivo, en la poesía como hecho agónico, como la manera de extraer la savia del árbol del que formamos parte.

Otro rasgo que tal vez defina la literatura contemporánea sea su carácter insurrecto, es decir la necesidad de rebelión individual o al menos de resistencia frente a lo establecido. Derrumbadas las utopías, rotas las máscaras de un capitalismo atroz y a la larga suicida y alienante, el arte en general y la literatura en particular no deja de buscar nuevas alternativas o simulacros de alternativas al consumismo desmedido, a los problemas medioambientales, al desmantelamiento de las ideologías y a las disyuntivas y problemas concretos que nos acucian, ya sea colocando espejos para que sea el propio lector quien se enfrente a sus propias convicciones o ejerciendo la crítica feroz de las ideologías dominantes. El artista, el escritor contemporáneo no deja de ser, como de hecho lo fue siempre, un incordio, la mosca cojonera, el individuo que se niega a aceptar la realidad tal cual es. Los escritores contemporáneos no dejan de mirar desde el otro lado del espejo, tratando de tomar distancia de eso que llaman realidad dominante. La marginación, la exclusión, la mirada crítica, la denuncia o la provocación forman parte de las estrategias con que nuestros escritores contemporáneos abordan las contradicciones y falacias de nuestro tiempo. Entre los nuestros son Juan Delgado, Rafael Vargas, Augusto Thassio, Pedro G. Romero y Violeta C. Rangel quienes acaso hayan alzado la voz de forma más clara, si bien hay

autores como la ya mencionada María Alcantarilla, cuyos derroteros pudieran andar también por ahí.

El primero que vamos a situar es a **Juan Delgado** Campofrío, 1933), un poeta complejo, autor de una sólida y vasta obra que esperemos sea reeditada en breve. Ya desde su segundo libro (*El cedazo*, Madrid, 1973) el poeta



Juan Delgado

de Campofrío se revela como una voz importante dentro del panorama lírico español, que hace de la memoria y de la conciencia colectiva uno de sus principales bastiones. En este libro Delgado revisa con valentía su infancia, truncada por la impiedad de la guerra civil. Apegado a la cuenca minera y a su tradición combativa, Delgado se convertirá en la voz de la conciencia ideológica y de la memoria de una tierra macerada en el dolor y en la explotación, como

tan bien revela su libro *Canciones del Viejo capataz* o el poemario inédito *Memoria de la Niebla*, que trata de manera despiadada la opresión británica. Pero su obra no se detiene en ese punto, sino que avanza en direcciones muy sorprendentes, si bien todas ellas se enraízan en su doble espacio vital, la Sierra y la Mina. Obras como *Oficio de vivir*, *Tiranía del Viento* o la más reciente *Habitante del bosque* nos muestran a un poeta reflexivo, dolorido, y esencial. La esencialidad es un rasgo que brota lenta y gradualmente en la obra de Juan. Si sus primeros libros mantienen un afán memorístico y acaso exortizante, en *Oficio de vivir* se manifiesta ya una necesidad de inmanencia y de identificación con las fuerzas y representaciones de la Naturaleza, rasgo que se convertirá en una de sus claves poéticas. Junto a esta visión “existencialista” encontramos también a un Delgado telúrico, enraizado en su paisaje, como podemos observar, en sus dos contrapuestos cancioneros, los

dedicados al Odiel y al Tinto, luz y sombra, vida y muerte al mismo tiempo. Delgado es, resumiéndolo mucho, un poeta vinculado a su tiempo a través de la memoria y a su tierra a través de la mirada.

*Aquí. Desnudo en el Dolor.
 Con la recién nacida
 idea de soledad.
 Víctima del instante
 y víctima también del infinito.//
 Aquí. Desnudo en el Amor.
 Con los ojos clavados en la duda
 y las manos cargadas de silencio.
 Con la sangre que duele,
 y es amarilla, y arde ...,
 y va gritando al hombre
 la angustia de ser hombre.*

Rafael Vargas (El Perrunal, Calañas, 1939), nacido en una familia humilde y minera, pronto se queda huérfano de madre. Al cumplir la mayoría de edad se incorpora a la diáspora andaluza que marcha a Cataluña, donde poco a poco se irá introduciendo en los ambientes charnegos e izquierdistas. Durante años mantiene un programa de radio donde se dan cita las más importantes voces poéticas andaluzas, lo que quedará reflejado en una antología en 6 volúmenes, titulada *Entre el Deseo y la realidad*, cuyas páginas y registros fonéticos constituyen un precioso legado de la poesía española del siglo XX. Su obra mantiene un fuerte componente crítico a la vez que autobiográfico, desde una sinceridad a veces do-



Rafael Vargas, un poeta de la conciencia

lorosa. En *Los Motivos del lobo* (Ed. Huebra, Zafra 2006) se recogen todos sus libros hasta 2005, en los que abunda la confesión dura, la denuncia sin ambages, el apunte autobiográfico y las tremendas experiencias políticas y sociales de un hombre que se considera a sí mismo como un paria del destino y que continuamente se revuelve ante él, mostrándole los colmillos. Sus dos últimas obras, representan una vuelta de tuerca en su decir y marcan, a mi modo de ver, el punto más alto de su poesía. Sin perder el vehemente sentido autobiográfico de su obra anterior, *Cristal oscuro* (Ed. Huebra, Zafra, 2008) habla con absoluta crudeza de la lucha contra la enfermedad, desde poemas de un patetismo y una tensión interior que sólo podemos calificar como impactantes, muy en la estela de Benn o de nuestra Isla Correyero del también duro “Diario de una enfermera”. En *Cristal oscuro*, el poeta ubicado en Aracena, se planta con absoluta franqueza ante la muerte, dialoga con ella en un libro sobrecogedor, sincero y de una tensión dramática notable. Pero al tiempo que se entrega a este libro, Rafael Vargas va pergeñando su *Barra libre*, que es en realidad una poética, pero también una reflexión testamentaria sobre su paso por el mundo. Cerramos su comentario con “La huésped!”, un poema de *Cristal oscuro*.

*En una cama próxima
otro hombre marcha sin un adiós,
tristemente. Aún está caliente su voz
y no es más que un remoto
recuerdo, una astilla
de la simple arquitectura de la sombra.
Y al palpar la tragedia ajena,
perversamente,
te sientes menos difunto,
alegre de no ser elegido.
El hombre es la medida del hombre ...*

La vinculación de **Augusto Thassio** (Isla Cristina, 1950) al realismo crítico constituye una muy interesante sorpresa en su trayectoria. Vinculado a la pintura y al teatro, Thassio, que de muy joven emigró a Alemania y a Barcelona y que, acabado magisterio, se ubicó en el Rosal, se ha convertido

en un animador cultural de la comarca. Su labor como investigador y divulgador del paso forzoso de Miguel Hernández por los calabozos rosaleños es impagable. Entre sus libros destacamos la obra teatral *Miguel Hernández en Rosal* (Dip. Prov. de Huelva, 1995), y los poemarios *Jesucristo está escondido debajo de la cama* (Ed. Huebra, Jabugo, 2003) y *Eclipse blanco en papel de plata* (Ed. Cacúa, Huelva, 2004). En estas dos últimas obras, Augusto se reinventa a sí mismo, desde una conflictiva heteronimia, muy cercana a Violeta C. Rangel o a las propuestas de Eladio Orta. *Jesucristo está escondido* es un libro provocador, tanto por su lenguaje bronco como por su sutil simbolismo de raíz judeocristiana. Thassio se vale de la poesía para narrarnos la historia de un hombre inmerso en la marginación y en la lucha extrema por la supervivencia, en un horizonte social y cultural que se niega a aceptar otra realidad que no sea la realidad idílica que parece dictar la sociedad de consumo. Tanto en esta obra como en la siguiente, *Eclipse blanco en papel de plata*, diario de un toxicómano, Thassio refleja los conflictos del individuo frente a una sociedad que ha ido perdiendo los referentes humanistas que la caracterizaron y se ubica en la desesperación y en el ocultamiento de sus conflictos. Con ambos libros, Augusto Thassio nos invita a una bajada a esos infiernos contiguos a nuestro propio mundo:

Mi tormento será
el alarido de la asustada tormenta de verano,
el murmullo sin boca pegado en las esquinas,
el sarcasmo brutal de la serpiente que se muerde la cola
y espera parir vientos que siembren tempestades,
el contenido vómito de cubos de basura
que se tragan su náusea de marchitos jacintos,
la risa de los árboles,
el tintineo de copas y de vasos
y el mutismo cómplice de máscaras y caretas
que callan el regocijo del carnaval primero.

Mis dudas al incluir en este repaso a Violeta C. Rangel son evidentes. Violeta es en realidad un heterónimo de Manuel Moya, confeso creador de ellos. Con sólo dos libros publicados (*La posesión del humo*, Ed. Hiperión,

1997), y *Cosecha roja* (Ed. Baile del sol, 2006), Violeta pasa por ser una de las propuestas poéticas más incómodas y decididamente marginales de la nueva poesía española. Traducida a media docena de lenguas, su obra sigue despertando un interés creciente entre los jóvenes poetas de dentro y fuera de España. La aparición de *La posesión de humo* en una importante editorial conmocionó el panorama poético español de finales de siglo. Es un libro a la vez celebrado, repudiado y acaso el más perseguido de la última poesía española, si bien sigue constituyendo un referente ineludible. Una poesía desgarradora, nacida en el extrarradio, volcada hacia las zonas más sombrías de la realidad y de nosotros mismos, heredera de Dostoyevski, Cioran o Celine, indaga a través de un lenguaje erizado, beligerante y, conscientemente percedero, en las zonas peor iluminadas de nuestra conciencia, desde una postura desafiante y perturbadora. Una voz distinta, que nos habla de territorios extramuros, de derribos, pero donde a veces, se produce el breve temblor de la ternura.

*SUPÓN por un momento que tu vieja por cien pavos
se lo hace en los camiones con cualquiera,
que la bofia por dos gramos te manda pal talego,
que el cabrón de tu vecino le ha metido
por dos veces fuego a tu garito,
y ese menda te ha dejado un marrón en las entrañas,
que estás viva,
tan completamente viva, que qué importa
ponerles por delante el pastelito envenenado
que guardas en los muslos,
mar adentro.*

La obra de Manuel Moya (Fuentehieridos 1960) es decididamente poliédrica. Con más de una veintena de libros publicados que abarcan la novela, la poesía, el relato y la traducción, este escritor ha conseguido trazar un mosaico propio en el que la escisión, la insularidad, el sentido de extranjería y de no pertenencia junto a una decidida postura moral, aparecen como sus más vivos baluartes. Propuestas como las novelas *La tierra negra* (Ed. Guadalturia, 2009) o *Majarón* (Ed. Baile del Sol, 2009), el

poemario *Interior con islas* (Pretextos, 2006), el libro de relatos *La sombra del caimán* (Ed. Onuba, 2006) o las traducciones pessoanas cierran hasta la fecha su trayectoria.

El nombre de **Pedro G. Romero** no deja de ser una de las referencias más sólidas del arte contemporáneo español, pero lo traemos aquí, también como escritor, cuyas aportaciones a lo contemporáneo nos parecen relevantes. Pedro G. Romero (Aracena, 1964) es, sobre todo un pensador y un artista pluridisciplinar que tiene entre sus puntos de mira el arte y la sociedad contemporáneas. La obra de Pedro G. Romero es poliédrica y no se restringe al sólo ámbito de la plástica, sino que se refleja en territorios a priori tan distantes como la música, el teatro, la edición, la coordinación de exposiciones o la organización de actividades académicas, siempre desde una mirada heterodoxa y rompedora. En su producción, tanto las artes, como la ciencia, la religión, la historia o la biografía cobran un papel protagonista. Su interés se centra en la iconografía popular, desde la derivada de la secularización religiosa hasta la producida por los movimientos sociales. Su único libro hasta la fecha es *Las correspondencias* (Ed. Periféricas, 2010), formado por una veintena de azarosas cartas en las que el autor pretende poner de manifiesto las contradicciones del mundo contemporáneo, desde una manera decididamente crítica pero a la vez llena de sutileza. Tomando como referencias las cartas de Gramsci, Passolini o la Ginzburg, Pedro escribe una obra que tiene mucho de muestrario sobre lo que podríamos llamar la reinención de los fascismos, y es por eso que pone el acento en un país como Italia, que se ha venido a convertir en un campo de experimentación sociológica del neofascismo. Como hiciera Gramsci en sus famosas *Lettere dal carcere*, Pedro G. Romero nos coloca en su libro ante las amenazas del porvenir. En todo caso, como ocurre con cierto arte contemporáneo, el peso de la historia que fluye entre sus páginas queda más en manos del lector, que del escritor.

Nacido en Villanueva de la Serena en 1959, el dramaturgo **Ángel Merino** pronto se traslada a Barcelona donde estudia interpretación y dirección teatral en la escuela Actor Estudio de la capital catalana. Desde entonces ha vivido por y para el teatro. Ha escrito, montado, dirigido e interpretado

algunas obras teatrales como *La noche mágica del bosque*, *A través del ojo mágico del universo*, *Xenofobia*, *Situaciones con-trastadas*, *El hombre de la mínima conciencia* y *Ensayo con la muerte* (Ed. Huebra, Zafra, 2004), que es su primera obra editada. Desde hace varios años reside en Alájar donde, junto a la actriz Maite Molinera ha dado vida a la compañía *Collage teatro*. Su obra, ambiciosa y llena de matices se inscribe en la modernidad, no sólo en la investigación de espacios y soluciones teatrales, sino también en su lenguaje y en una concepción nada complaciente con la realidad, como delatan obras como *Xenofobia* o *El hombre de la mínima conciencia*. Su *Ensayo con la muerte* es una obra tan compleja como divertida, en la que un cierto escritor de novelas policíacas en horas bajas se enfrenta con la realidad de la muerte, de la que trata de sustraerse con diferentes argumentos y circunloquios. Un autor, pues, que indaga sobre la felicidad y la conciencia individual desde la perspectiva de la responsabilidad humana.

Acabo este repaso con un poeta mayúsculo y fascinante, que vive entre nosotros desde hace 8 años y que entre nosotros ha producido gran parte de su obra. Me estoy refiriendo a **José María Algaba** (Sevilla, 1954), que tiene editados una decena de libros de poesía, entre los que destacan *La quimera encendida*, *El sudario de Laertes*, *El silencio de Isaac*, *Único fragmento*, *El acantilado* o *El libro de Ajax*. Posee premios relevantes y no tengo dudas de que es una de las voces más poderosas, jondas, escondidas y definitivas de la poesía española actual. Su dicción, rica, sustantiva y densa, que conoce la tradición natal, como de sobra dejó demostrado en sus primeros libros, le hace desembocar en otras vetas más personales, donde cohabitan esencialidad y la tensión del lenguaje. Con *El Silencio de Isaac*, Algaba abría un territorio personal y conflictual, apenas delineado en sus obras primeras, que si bien nos mostraban a un poeta contenido y conocedor de su oficio, carecía aún de ese sentido agónico que preside su obra posterior. Con *El silencio*, el poeta se abre a una nueva visión, a un nuevo decir, a un verdadero territorio nuclear, habitado por sombras y presencias que vigilan al poeta desde la oscuridad para acabar convirtiéndose en luz nueva, pero también en razón oscura. En *El silencio de Isaac*, *Fragmento único*, *El libro de Ajax*, *El acantilado*, que bien pudieran armarse como un libro unitario, encontramos a un poeta de una fortísima tensión interior, atrapado en su

propia tela de araña, cercano ya, tanto en el fraseo cuanto en la desnuda dramatización, al expresionismo centroeuropeo de Celan, Holan o Benn, o al hermetismo italiano de Montale, Quasimodo, Caproni o Luzi. Algaba es un verdadero poeta que observa el mundo desde la desnudez y la crudeza de un lenguaje en tensión, rozando siempre los registros irracionalistas, pero sobre todo desde ese laborioso exilio que debe auto imponerse todo artista verdadero, para quien la poesía es un arte sin concesiones, a sangre, el oficio de la desnudez y el exilio permanentes. Su voz no ha dejado de crecer y de abismarse desde la publicación de *El silencio de Isaac* en una sucesión de obras que se desarrollan en el límite del decir. Traemos aquí uno de sus poemas más breves e intensos, “En la ladera del parral”:

*Las palabras de Dios o de la muerte o del amor,
se quedarán aquí, como los pájaros.
Y si Dios fuese único o la muerte sola,
y sola la verdad sombría del amor,
la verdad del entonces y la verdad del luego,
en mí sólo estaría llegar y detenerme,
como lo hacen los pájaros que no tiene más Dios
ni más fronteras que esta ladera del parral.//
Si pudiese elegir me quedaría, madre,
como ayer te quedaste en un instante muerto,
el instante en que vino a verse en mí la vida,
que en lugar de Dios y de la muerte estaba.//
Y sé cómo sentí sus heladas navajas
y todo su silencio, como ahora,
en este griterío de pájaros helados,
hechos de sangre mía y de su soledad
aquí en la ladera.*

Como sugería unas líneas atrás, aquí acaba mi rápido paseo por la literatura serrana contemporánea. Dada la premura de tiempo y espacio de que disponía, me he visto obligado a dejar atrás nombres y obras que me gustaría haber analizado y cuya ausencia no delata un menor interés o una menor calidad. Autores autóctonos como Carlos Muñiz, Carlos Sánchez, Rodolfo

Recio, Aquilino Duque, Alfonso Fernández Burgos, Elías Hacha, Mario Rodríguez, Manuel Pilar, Juan Antonio Muñiz, Ernesto Martín, Antonio Pizarro, Federico Martín, Rafael Moreno, Hipólito G. Navarro, Francisco Carrasco, Manuel López, Ignacio Garzón, Juan Antonio González Flores, Juan de Mata, Juanjo Luna... o los naturalizados en la comarca por distintos motivos, como Manuel Jiménez Friaza, Gerardo Illi, Rafael Suárez, Carmen Gil, Daniel Lebrato, Robin Pilcher, Vicente Ortigoso, Antonio Rodríguez Almodóvar o Rafael Cruz Contarini. Me reitero en lo dicho: cualquiera de ellos merecería al menos el espacio que he dedicado a los presentes.

Como resumen a todo lo dicho, y tomando como referencia a los nombres estudiados y mencionados, no nos cabe duda de que la comarca está viviendo su mejor momento literario y artístico. Este fenómeno habrá que atribuirlo tanto a la democratización de la cultura, fenómeno paralelo a la democratización política, como a la educación universal, al progresivo contacto con el exterior, a la creciente importancia de la globalización de la información, y al mayor nivel de vida que hemos experimentado en las últimas décadas.